

La cultura como opción*

Por Leopoldo Zea

En un viejo sueño, nunca realizado, se ha venido insistiendo a través de la historia de la América que llamamos latina: el sueño de una América unida; el sueño de la unidad de pueblos que luchaban y luchan por el logro de metas que resultan serles comunes. El sueño de una América unida por la libertad, unidad distinta de la que le impuso el largo coloniaje ibérico. Porque unidos bajo el viejo coloniaje, los latinoamericanos no hemos sido capaces de unirnos bajo el signo de la libertad que suponíamos haber alcanzado. Pareciera que sólo el despotismo pudiese unir, ya que la libertad, en sus primeras expresiones, sólo había logrado la dispersión. Los latinoamericanos nos hemos dado cuenta de que al liberarnos de un coloniaje, simplemente hemos sido apresados por otro: un neocoloniaje relativamente distinto, pero no menos oneroso, cuyas cadenas muestran ya lo que de común siguen teniendo nuestros pueblos en la América Latina junto con los de otras zonas del mundo. Y es frente a esta situación que cabe preguntarse una vez más si ese viejo sueño de unidad no puede ser realizado. La unidad de pueblos que aspiran a la plena libertad, enfrentándose para su logro a diversas formas de subordinación. Luchando por la autodeterminación ante la presión de fuerzas, éstas sí unidas, que imponen sus intereses y, con ellos, su hegemonía.

Alcanzada la independencia política de los pueblos de esta América, fueron varios los latinoamericanos que insistieron en la unidad de origen de sus pueblos, unidad como base para el logro de una comunidad de pueblos apoyada en la libre voluntad de los mismos: la comunidad con que soñaron Simón Bolívar y tantos otros. Sueños de hombres que, como él, sabían de los riesgos que corrían pueblos divididos, dispersos, frente a la voracidad de los nuevos imperios que sólo aspiraban a ocupar el "vacío de poder" de los viejos imperios ibéricos. Hablaron de la unidad, pero no para la agresión, de la unidad para garantizar la libertad que con tantos sacrificios estaba siendo alcanzada. Fue en este sentido que Bolívar habló de la comunidad de pueblos de habla hispana que, al lograrse, podría extenderse a la totalidad de los pueblos de la América Latina. Ya que sólo a partir de esta unidad

podrían nuestros pueblos hablar de una forma de sociedad más amplia, la panamericana. La comunidad entre pueblos débiles y pueblos fuertes era algo imposible. "Formado una vez el pacto con el fuerte —decía Bolívar— ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez." Sólo la unidad de nuestros pueblos podría dar origen a la fortaleza que hiciese que los mismos pudiesen sentarse al lado de otros pueblos, por fuertes que fuesen; esto es, como pares entre pares. La igualdad tendría que ser el punto de partida para una comunidad que podría extenderse al universo. "En la marcha de los siglos —agregaba— podría encontrarse quizá una sola nación cubriendo el universo."

¿Qué es lo que ahora nos une? En el pasado, decíamos, nos unía el despotismo del coloniaje, ahora nos uniría, al parecer, esa otra forma de coloniaje que ha dado origen y permanencia a lo que llamamos subdesarrollo y, frente al subdesarrollo, la conciencia del mismo. La conciencia como punto de partida para el cambio, para la transformación: una conciencia que ha de darse a través de las expresiones de la cultura; de la cultura mediante la cual se capta la conciencia latinoamericana que sabe de su situación, que sabe del orden que ha de transformar tal y como lo hizo en el pasado con otras formas del dominio. De esta preocupación hizo gala la generación que, en el siglo XIX y en diversos lugares de esta América, mostró la insuficiencia de una emancipación política que no había sido seguida de lo que ellos llamaron "emancipación mental". Fue en este sentido que escribieron los Sarmiento, Alberdi, Bilbao, Lastarria, Bello, Montalvo, Mora y otros muchos, hasta llegar a Rodó y Martí. Todos ellos soñaron también con una América unida, sobre la base del acervo cultural, de la cultura como un pasado común que había que asimilar, pero también transformar haciendo de ella instrumento de nuestro desarrollo.

El problema, por desgracia, sigue en pie: nuestro desarrollo, lejos de haberse alcanzado, ha tropezado con poderosos impedimentos. Un imperio ha sido, simplemente, sustituido por otro. Lo que ya prevenían Rodó y Martí es ya una amarga realidad. Por ello los hombres de cultura de nuestros días son quienes deben continuar la batalla iniciada por los representantes de la cultura latinoamericana del pasado inmediato. Esto es, tenemos que vencer al subdesarrollo que hace imposible la expresión de una cultura libre, como expresión del hombre plenamente libre de esta América, y la cultura es, o debe ser ahora, conciencia de los impedimentos que imposibilitan la plena realización de los pueblos latinoamericanos. La cultura latinoamericana ha de ser, entonces, expresión de la toma de conciencia de la realidad que nos es propia y la forma de transformarla. La cultura como punto de partida de la soñada unidad hasta ahora no lograda; pero no, por cierto, de la cultura

como pasatiempo, como alejamiento, como torre de marfil o imitación servil, pues es esta última forma de cultura la que hace que se ponga en duda su existencia y que se siga planteando el problema de la existencia o inexistencia de la cultura latinoamericana.

En esta Segunda Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, cuyos trabajos se inician, se planteará, entre otros problemas, el de la creación de un sistema de integración cultural en la América Latina. En otras palabras, volveremos al problema de la unidad de nuestros pueblos por la vía de la cultura. Pero ¿cuál cultura? La latinoamericana, cierto, pero la cultura latinoamericana como expresión de la toma de conciencia de nuestra realidad, no ya como imitación o eco de culturas que nos son extrañas en cuanto son ajenas a esta nuestra realidad.

¿Pero existe una cultura latinoamericana? Es ésta una pregunta que los latinoamericanos nos venimos haciendo desde los mismos inicios de nuestra emancipación política del viejo coloniaje ibérico.

Una pregunta que es, a su vez, una grave duda que cuestiona nada menos que nuestra humanidad, la humanidad del hombre de esta parte de América; y surgió en los mismos inicios de nuestro coloniaje entre quienes nos negaban esa condición plenamente humana. Porque preguntarnos sobre si existe o no una cultura latinoamericana equivale a preguntarnos si somos o no hombres. La cultura la hace el hombre, todo hombre. La cultura es expresión del hombre en una determinada e ineludible situación. Cultura es tomar conciencia de una situación en tal forma que su objetivación permita también su transformación. Por ello, insisto, cuestionar la existencia de la cultura latinoamericana equivale a cuestionar la humanidad de los hombres de esta parte de América.

Pero ¿somos hombres? Sin duda que lo somos y es en función con esta afirmación que podemos también afirmar la existencia de una cultura como expresión de esta nuestra humanidad. Pero una cultura, naturalmente, distinta a aquélla con la cual se ha cuestionado y se cuestiona nuestra humanidad, como se ha cuestionado y se cuestiona aún la humanidad de otros pueblos del mundo. No ya la cultura del dominador que nos impone su modo de ser hombre, sino la cultura del hombre que es consciente de esta imposición y que aspira, por lo mismo, a realizar su propia humanidad. No se trata ya de imitar este o aquel modelo, sino de ser original, esto es, punto de partida de una expresión de la humanidad a la que ciertamente no podrán ser ajenas expresiones de humanidad del resto de los hombres.

Podremos llamar, al menos provisionalmente, a esta nuestra cultura, cultura del subdesarrollo. Esto es, cultura surgida de nuestro enfrentamiento a tal o cual forma de dominio. Cultura como conciencia de una subordinación que ha de ser vencida. Y

* Palabras en la apertura de la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria.

por ello una forma de cultura distinta de la que siempre nos ha sido presentada como modelo a realizar.

Distinta de la cultura que lejos de ser nuestra por asimilación, nos hace parte de ella por obligada incorporación, dominio, coloniaje. Y ha de ser esta expresión de la cultura —la propia de nuestra situación— la que ha de dar origen, en el enfrentamiento con esta su situación, a formas de expresión que acaben siendo las de la liberación, no ya las del dominio. Expresión de la libertad, ya no sólo de este o de aquel hombre, sino pura y simplemente del Hombre.

Hacer consciente esta realidad, más allá del nivel nacional, a nivel latinoamericano, es uno de los principales problemas a discutirse en la reunión que se inicia. Y en este sentido es importante destacar la coincidencia de los puntos de vista de la casi totalidad de los ponentes y comentaristas cuyos trabajos vamos a discutir. Conciencia de la cultura como una realidad a partir de la cual ha de ser ella misma transformada. Y cuando se habla de la difusión de la cultura, no se está hablando de la cultura en abstracto, sino de la cultura como expresión de una realidad que sentimos insuficiente. Una realidad frente a la que nos mostramos insatisfechos y que vemos, por lo mismo, urgida de cambio. Esto es, la cultura como expresión de nuestro modo de ser hombres. Un modo de ser que debe ser transformado, y que lo será en la medida en que la difusión de esta conciencia haga a otros muchos hombres partícipes de una tarea que ha de serles común.

Pero aquí cabe otra interrogante ¿es posible hacer difusión cultural que no sea a su vez esclava del sistema, cuando este sistema no es afectado en su conjunto? En otras palabras ¿podremos dejar de hacer cultura del subdesarrollo si antes no vencemos físicamente el subdesarrollo? Por supuesto que sí: lo estamos haciendo, lo hemos hecho y debemos continuar haciéndolo, si consideramos esta cultura, no ya como algo estático, sino dinámico; o sea, como expresión de los esfuerzos insistentemente renovados para tomar conciencia de nuestra realidad, de tal forma que la misma vaya permitiendo su transformación. Vale decir, no caer ya más en la acción anárquica, simplemente destructiva, sino ajustarse a

la acción de quien sabe lo que quiere cambiar y a dónde trata de llegar en este cambio.

El cambio en nuestra realidad no ha de producirse por generación espontánea. Nunca ha sido así en la Historia de la Humanidad, y nuestra Historia, como parte de la misma, no tiene por qué ser distinta. Todo sistema va preñado de su contradicción y ha de ser la conciencia del uno y de la otra la que ha de hacerse patente en las expresiones de nuestra cultura. No podemos seguir esperando el milagro, esto es, el cambio, la transformación, sin conciencia del mismo. No podemos seguir siendo esto o lo otro por simple imitación. Liberales ayer, socialistas hoy, tratando de imitar tal o cual sistema, pasando de una subordinación a otra sin transición. El liberalismo ayer, como el socialismo hoy, no han sido ni son otra cosa, que expresión de la conciencia del hombre enfrentada a una realidad que ha debido cambiar con su acción. Cambios nacidos de la conciencia de un conjunto de necesidades, no de un simple acto de imitación, de un deseo de estar al día. Y es de nuestra realidad, y su conciencia, que han de surgir las soluciones apropiadas.

Sobre las formas como esta cultura ha de ser difundida entre nuestros pueblos se abundará a lo largo de esta Conferencia. Las vías para su difusión son múltiples, como múltiples son también las expresiones de esta cultura. Lo importante, sin embargo, es que podamos delinear una política cultural latinoamericana, a través de la cual se pueda formar conciencia de la unidad de metas y soluciones por alcanzar, como consecuencia de la ineludible unidad de sus problemas. Contamos, en nuestros días, con poderosos instrumentos de información y difusión, a través de los cuales una política cultural, como ésta de que hablamos, podría alcanzar dimensiones insospechadas. Instrumentos que no estuvieron al alcance de los grandes líderes de la libertad en Latinoamérica, y que ahora posibilitan el viejo sueño de la unidad de nuestros pueblos.

Para terminar, hago votos porque esta Segunda Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, alcance, a través de la cultura, otra forma de unidad para nuestros pueblos, que no sea ya la del despotismo y la subordinación.

Demagogia y política cultura *

Por Leopoldo Zea

Al terminar esta reunión quiero, antes que nada, agradecer la colaboración de la universidades latinoamericanas así como la de los ponentes y comentaristas que con su activa presencia la han hecho posible dándole una dimensión especial.

La difusión cultural, o extensión universitaria, ha sido vista como el canal de comunicación entre las universidades y la sociedad de la que éstas son parte ineludible. Un canal de comunicación, en doble sentido, a través del cual las universidades reciben las señales y expresiones de la sociedad, y al través del cual, también, regresan a la misma estas señales y expresiones racionalizadas. No más la universidad que, graciosamente otorga este o aquel servicio, sino la Universidad como parte activa de la misma. No más la universidad formada por una élite platónica, extraña a la comunidad en la que sólo buscaba plasmar una determinada idea. De allí la insistencia en esta reunión respecto a que términos como el de difusión resultan insuficientes para expresar esta idea de la universidad y su carácter de servicio en la comunidad.

Y ha sido, precisamente, esta concepción respecto a la tarea universitaria de difusión o extensión, la que ha originado actitudes que pudieran alarmar a quienes aún sostienen la idea de la Universidad como simple instrucción, esto es la idea de la Universidad militante. Militante, esto es, participante activa, desde su propio punto de vista, en las tareas de la sociedad. De aquí que muchas de las declaraciones y recomendaciones presentadas y aprobadas en esta reunión tengan una innegable expresión política. La expresión propia de la realidad en la que nuestras universidades están insertas, expresión que no debía sernos extraña, por novedosa que parezca, ya que nuestros próceres, nuestros abuelos en el campo de la cultura, de esa cultura que ha de ser alimento de nuestras universidades, fueron al mismo tiempo, hombres de pensamiento y hombres de acción, hombres prestos a tomar lo mismo la pluma que la espada para mejor servir y salvar la circunstancia que les había tocado en suerte, la de esta América que ahora es nuestra.

Declaraciones y recomendaciones políticas que serán demagógicas en la medida en

